

El ser real es aquel que no existe

Existe una dimensión que los psicoanalistas no terminamos de hacer operativa en nuestra práctica, y es la cuestión fundamental de que no trabajamos con hechos, sino con palabras. A veces palabras que parecen entenderse (aunque sabemos que de inmediato el malentendido se instalará), otras veces no se entienden del todo, porque tienen la textura de lo que no se sabe, como las que cuentan un sueño, o que no alcanzan a dar cuenta de una intuición, o de una iluminación, un recuerdo o una angustia. Nuestro hecho, aquel con el cual contamos para hacer trabajar al analizante, es un texto, su texto. Tal vez no nos guste la palabra texto, y prefiramos hablar del significante, pero también es cierto que abusamos de ese concepto, y no siempre sabemos bien qué quiere decir, entonces lo colocamos en todos lados. Significante implica articulación, diferencia, y creacionismo, y se distingue de la palabra ya ésta es un sintagma que tiene una significación común. Pasar de la palabra al significante implica hacerla salir del sentido común del diccionario, es decir, que el análisis opere cierta pérdida de sentido y recuperación de uno nuevo. Un significante requiere de la transformación que el análisis efectúa sobre la palabra, ya que este se articula al goce del sujeto, además de señalar su división.

Lo cierto es que si creemos que nos encontramos con hechos, y queremos incidir en ellos, lo único que logramos hacer es sugestión. Por otro lado, dirán, está el goce, la dimensión que en definitiva nos interesa. Pero tomamos contacto con el goce sólo a través de palabras, o de medias palabras, o de sonidos, interjecciones, palabras que no se entienden del todo, o que son absolutamente novedosas, como es el caso del neologismo.

“Nuestro” hecho es un texto. Pero eso no nos constriñe a una práctica reducida o reduccionista que sólo se atiene a lo que un analizante puede decir de manera espontánea. Eso sería directamente caer en la tontería analítica, o en la sacralización de frases que provienen del yo. Nuestra función es, desde este punto de vista, partir de un texto primero, evidente, yoico, y alcanzar o producir otro texto, que va a ser el resultado de un psicoanálisis. El análisis escribe un segundo texto, a partir del texto inicial provisto por el analizante.

Una lectura un poco light de Freud (también hay un Freud que viene en envase verde, y otro en rojo), diría que el texto del yo tiene lagunas que hay que rellenar, ya que la represión borra partes del relato. No es así exactamente: la represión que nos interesa es la primaria – lo que en Lacan viene a ser el agujero de lo simbólico (no la forclusión, sino el agujero imposible de completar: A barrado) – y que en tanto tal no puede ser rellenado, ya que no existe esa posibilidad. Lo que sí se puede hacer es desplegar un texto nuevo, orientar hacia nuevas direcciones que puedan captar viejas heridas actualizadas, y nuevos y antiguos deseos, hasta producir lo que el último Lacan llama “escritura”, que no es otra cosa que hacer una marca simbólica en lo real, y así conseguir un nuevo arreglo con el goce. Las herramientas con las que contamos no son muchas, son dos: interpretación, y asociación libre. Ambas son objeto de debate desde que el psicoanálisis comenzó, y su concepción se va modificando con el correr del tiempo.

Me gustaría tomar como ejemplo externo a nuestra práctica a un escritor, para salir de la repetición que se ha tornado vacía, de aquello de que “el poeta se adelanta al analista”, y ver de qué modo la intuición artística tiene algo, o mucho, para enseñarnos. Lacan tilda

de tontería a la pretensión de elucidar el inconsciente de un autor a partir de su obra, y propone – al revés – lo que Francois Ansermet ha llamado “literatura aplicada”, es decir, reconocer y extraer lo que la obra literaria tiene para enseñar al analista. Es decir, se invierte la dirección: tratamos de no ejercer una interpretación analítica del texto literario, sino de extraer una enseñanza.

*La decadencia de la mentira* (1889), es un ensayo sobre estética en el que Oscar Wilde expone de una manera muy provocadora sus ideas acerca de la relación entre el arte y la vida. En principio, se opone a que el arte copie a la vida, que sea una imitación, lo cual representa el sentido aristotélico del arte. Cuestiona todo tipo de realismo, el cual, por otro lado, es imposible como programa (ya que la realidad es una de las formas de la ficción), y propone en cambio a la imaginación y a la potencia de la invención como motor de la producción artística. Dice: “*Los únicos seres reales son los que nunca han existido*, y si el novelista es lo bastante vil para copiar sus personajes de la vida, por lo menos debiera fingirnos que son creaciones suyas, en vez de jactarse de la copia. La justificación de un personaje de novela no estriba en que otras personas son como son, sino en el modo de ser del autor”.

¿En dónde puede resonar esta postura para nosotros, analistas? En principio, el autor, en un análisis, es el sujeto analizante, no el analista. Nosotros queremos provocar que exista este autor, y que se ponga en posición de escribir su texto. No nos interesa dar consistencia en el analizante al personaje yoico que cuenta su realidad cotidiana sin más (el “analizante periodista”, ha dicho alguien). Para transformarse en autor, debe consentir al riesgo de no saber muy bien lo que dice, aceptar salir por un momento de la seguridad imaginaria en la que se sostiene, en el sentido establecido por el fantasma. Lo que se pone en juego, en cuanto alguien habla, es el fantasma y el goce, y es por eso que el despliegue del “modo de ser del autor” es fundamental para un análisis. Todo lo que diga alude al ser, la interpretación devuelve la palabra hacia ese lugar.

Por supuesto, el yo (sobre todo el del obsesivo) pretenderá que sus palabras sólo dan cuenta de una realidad objetiva, y rechazará de plano que lo que cuenta es una lectura fantasmática. Por eso, una de las operaciones que hacemos constantemente es interpretar y despegar al fantasma de la realidad.

“Los únicos seres reales son los que nunca han existido”, nos debe permitir pensar en que no es la transmisión directa de hechos lo que va a producir una “obra”, o un discurso analizante, sino que éste se produce por la asociación libre. Esta es la que va a permitir localizar a los S1 del discurso inconsciente. En este sentido – el de la asociación libre y la producción de discurso analizante – la primera “obra” a generar es la Otra escena. Sin esta no hay posibilidad de análisis, y cuando se produce – no siempre, ni necesariamente – se produce por forzamiento del analista, es decir, por interpretación.

Wilde reniega de la pasión de la verdad, y de la “negligente costumbre de la exactitud”. Personas dotadas para la creación “acaban por escribir novelas tan iguales a la vida que a nadie le es posible creer en su verosimilitud”. Tampoco al analista le incumbe la pasión por la exactitud, o por la verdad a ultranza, o la obsesiva adecuación de su interpretación a los hechos narrados o a las palabras efectivamente pronunciadas. Le atañe, sí, la implacabilidad a la hora de extraer el goce articulado en el decir analizante, en elegir el momento de empujar a la asociación, o de impulsar el creacionismo del significante.

El ser real que nunca ha existido antes de un análisis es el sinthome, la nueva articulación del sujeto a su ser de goce, y no existiría de no mediar la actividad de lectura y subrayado del analista.

Un análisis despeja una lectura nueva, una relación al Otro que no es la de antes. Wilde toma el ejemplo del arte japonés, el cual muestra al Japón verdadero, no el de la realidad sino otro muy distinto pero absolutamente verídico, que luego copiarán los japoneses a través de la mediación del arte. Como para él la naturaleza imita al arte, puede sostener que la naturaleza no es lo real. La naturaleza no existe en tanto tal, ya que la actividad perceptiva a través de la cual conocemos la naturaleza, se encuentra determinada en Otro lugar. Japón será lo que se haga con él a través de la lectura del artista. Esto, que parece tan sencillo, implica que en un psicoanálisis se debe impulsar la lectura y la emergencia del sujeto. Antes, habrá discurso espontáneo, pero de ninguna manera operación analítica. Cierta impasibilidad ante lo patético de una historia es necesaria para actuar analíticamente, cierta inhumanidad para extraer goce de un discurso. De otro modo, solo veremos el Japón de los historiadores, o en nuestro términos, el yo conocido y su desconocimiento, y la realidad ya interpretada desde siempre por el fantasma.

Uno de los puntos más altos del debate de Wilde es la idea de que el arte no sirve a la expresión. Nosotros tampoco pensamos que el análisis sirva para la expresión (tal vez el teatro sea mejor para eso) sino para la construcción a partir de un vacío.

La repulsa de la imitación, de la copia, y del realismo en cualquiera de sus versiones, es solidaria con la idea de que “el arte no se expresa más que a sí mismo”, y aún a la concepción de que “las únicas cosas bellas son las que no nos conciernen”. El yo (y su mundo animado a su imagen y semejanza) no nos da la llave del goce y del sinthome. Y, si consideramos estas palabras de O. Wilde, las únicas cosas valederas son las que no tienen que ver con el yo. Hay que ejercer cierta presión para orientarse hacia aquello que determina al sujeto pero que al encontrarse tan incorporado a su mundo, no puede o no quiere ser separado. El sentido común prefiere ocuparse del mundo antes que de aquello que determina la lectura de ese mundo y le da su apariencia conocida. Para nuestros fines, podemos prescindir de lo “bello” que sostiene Wilde en su estética, y dirigirnos sin ambages a “la cosa”, a aquella que más nos concierne y que permanece desapercibida hasta su extracción del discurso analizante.

José Ioskyn

Psicoanalista. Escritor. Últimas publicaciones: *El mundo después* (ficción), Paradiso ediciones, 2013. *Literatura y vacío. Psicoanálisis, escritura, escritores* (ensayo), Editorial Letra Viva, 2013.